

Cómo funciona la propaganda

Jason Stanley



bauplan

bauplan | meta · polis

Título original: *How propaganda works*

© 2015 Princeton University Press

Publicado originalmente por Princeton University Press

© Borja Villa Pacheco por la traducción

Revisión de estilo y corrección ortotipográfica:

Álvaro Ramos y Raquel Bautista

© 2026 bauplan

ISBN: 979-13-991521-4-2

Depósito legal: M-9620-2026

Diseño de portada: Nacho S. Díaz

Maquetación: Ignacio Rubio



Esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

Impreso en Duocromo

Reservados todos los derechos, etc.

Índice

Prólogo	11
Introducción. El problema de la propaganda	25
1. La propaganda en la historia del pensamiento político	55
2. Definición de propaganda	67
3. La propaganda en las democracias liberales	109
4. El lenguaje como mecanismo de control	151
5. Ideología	199
6. Ideologías políticas	239
7. La ideología de las élites a examen	283
Agradecimientos	307
Bibliografía	317

Quedará para siempre como una de las mayores ironías de la democracia el haber entregado a sus enemigos mortales los medios para destruirla.

*Joseph Goebbels, ministro de propaganda
del Tercer Reich, 1933-1945.*

Prólogo

En agosto de 2013, tras casi una década dedicándonos a la docencia en la Universidad Rutgers y viviendo en distintos apartamentos en Nueva York, mi mujer Njeri Thande y yo nos mudamos a una casa más grande en New Haven, Connecticut, para comenzar a trabajar en la Universidad de Yale. Este cambio de afiliación académica nos ofrecía la posibilidad de vivir en un espacio más amplio. Poco tiempo más tarde, mi madrastra, Mary Stanley, me llamó para preguntarme si podía mandarme a mi nueva casa unas cuantas cajas llenas de libros de la biblioteca personal de mi padre. Su petición me asustó: el mero hecho de imaginar qué podría contener ese envío me inquietaba. Me había pasado media infancia en la casa que ella compartió con mi padre. Todas aquellas paredes estaban llenas de libros. Las estanterías estaban dispuestas en doble fila: detrás de cada capa de libros había otra. Mi padre era la única persona capaz de desentrañar el misterio de aquella organización, pero llevaba muerto desde 2004. Mary me dijo que me enviaría los libros que atestaban los muros de un par de las habitaciones de la casa porque necesitaba liberar un poco de espacio. ¿Qué nos llegaría? Llenos de inquietud, aceptamos su petición.

Mi padre, Manfred Stanley, había sido profesor de sociología en la Universidad de Syracuse, donde dirigió durante muchos años el Centro para el Estudio de la Ciudadanía de la Escuela Maxwell de Asuntos Públicos; Mary Stanley también era profesora en Syracuse y fue, además, su cómplice en todo tipo de conspiraciones. Él comenzó su carrera como africanista con una tesis doctoral en antropología, pero en algún momento de los inicios de su trayectoria académica, en los años sesenta, pasó de ser un experto en África oriental a de-

dicarse a la sociología, impartiendo con regularidad cursos de teoría sociológica. En toda su carrera solo publicó un libro.¹

Mi padre, al igual que mi madre, Sara Stanley, fue superviviente del Holocausto. Esa fue, sin duda, la razón de que dedicase su carrera académica a repudiar teóricamente el autoritarismo en todas sus formas. Se dedicó a defender que todo sistema que usurpe la autonomía de la gente resultará inaceptable, aunque lo haga en nombre de una mayor eficiencia social o del bien común. La historia nos muestra que los humanos tendemos a confundir la búsqueda de nuestros intereses particulares con el bien común, tomando los marcos explicativos subjetivos propios como hechos objetivos.

Guardo una enorme deuda intelectual con mi padre y con mi madrastra, Mary. Su proyecto sobre ciudadanía democrática ha sentado las bases y ha dado forma al mío propio. El trabajo de mi padre puede verse como un intento de explicar por qué personas sinceras y bienintencionadas pueden acabar siendo engañadas por sus propios intereses, produciendo propaganda sin darse cuenta de que lo están haciendo. Mi objetivo en este libro es explicar cómo estas personas sinceras e íntegras, aunque atrapadas en una ideología confusa, pueden acabar produciendo y consumiendo propaganda sin saberlo. A continuación explicaré los temas principales tanto de la obra que escribió mi padre como del proyecto que él y su mujer desarrollaron, a modo de reconocimiento de la deuda que tengo con su trabajo.

La tesis doctoral de mi padre trata de los efectos destructivos que tuvo el colonialismo británico sobre los gikuyu. Se centra en el sistema gikuyu de propiedad de la tierra, tan esencial para su identidad que, como señala Jomo Kenyatta, «para estudiar la organización tribal Gikuyu hay que tener en cuenta la propiedad de la tierra como el factor más determinante en su vida social, política, religiosa y económica». Este sistema era completamente distinto del sistema de propiedad privada en el que se basaba la sociedad británica; «disponer de una propiedad era un orgullo para cualquiera, que se disfrutaba permitiendo que se hiciera un uso colectivo de la misma».² La tesis explica cómo los británicos creyeron que su particular sistema de propiedad privada era universal,

1 Manfred Stanley, *The Technological Conscience*, Chicago, University of Chicago Press, 1978.

2 Jomo Kenyatta, *Facing Mt. Kenya*, Nueva York, Vintage, 1965, p. 22.

una creencia que provocó todo tipo de malentendidos entre los gikuyu y los colonizadores británicos, incluso entre los más bienintencionados de ellos. La conclusión de esta experiencia colonial es que es muy difícil tomar decisiones «objetivas» en nombre de otros, aunque se haga por su propio bien. Ni siquiera los colonizadores británicos más sinceros e íntegros fueron capaces de distinguir entre valores genuinamente liberales, prácticas culturales locales y el más puro interés propio.

Mi padre entendía la autonomía en un sentido mucho más amplio que la simple ausencia de dominación. Pensaba que todo ciudadano debería recibir una educación liberal que fomentase su capacidad de tomar decisiones autónomas sobre su propio plan de vida, de modo que fuese capaz de llevar a cabo ese tipo particular de reflexión que es la marca de una autonomía genuina. La descripción de las líneas generales de una educación que pudiera desempeñar ese papel fundamental en la democracia ocupó una parte considerable de sus escritos académicos.

Escribió su libro contra lo que solía denominar «ideología tecnocrática», la creencia en que el dominio técnico y los avances tecnológicos constituyen la solución a todos los problemas de la condición humana. Creía que esta visión conducía a dos grandes peligros: por un lado, sustituía la educación liberal por una formación profesional de carácter eminentemente técnico, privándonos de la capacidad de ser autónomos; por otro, fomentaba la tendencia a delegar las decisiones prácticas, dejándolas en manos de la autoridad epistémica de los expertos.

Hay sociedades que se organizan restringiendo la distribución de formas importantes de acción autorizada, de modo que solo la puedan desempeñar ciertas élites gobernantes. En otras sociedades, todo miembro normal es considerado un «agente libre y responsable». Pero incluso en muchas de estas hay personas que son designadas como más iguales que otras. ¿Por qué? Porque el dominio que tienen de un área cognitiva en particular, ya se trate de la elaboración de discursos o de prácticas concretas, parece hacer socialmente deseable que se les conceda el derecho de intervenir en la libertad de otros agentes bajo ciertas circunstancias. A estas personas privilegiadas se las suele denominar «profesionales».³

3 Manfred Stanley, *The Technological Conscience*, op. cit., p. 98.

La modernidad nos pide que confiemos en los profesionales: eso hacemos, por ejemplo, cuando vamos al médico. Pero también hay situaciones especiales en las que lo que resulta *clave* para la propaganda es precisamente desconfiar de estos expertos; el caso más llamativo es el de los negacionistas del cambio climático —aunque la desconfianza ha adoptado, incluso aquí, la forma de una movilización de un conjunto alternativo de pseudoexpertos, como los tertulianos que promueven «ciencia basura» de los que hablaremos más adelante en este libro—. No obstante, la historia nos muestra que incluso las mejores personas tienden a confundir los productos del genuino conocimiento científico con sus propios valores subjetivos. Los británicos impusieron su propia concepción de la propiedad privada a los gikuyu que habitaban las tierras que habían ocupado, bajo la errónea creencia de que su sistema de derechos de propiedad era parte de una teoría económica universalmente válida que el liberalismo debía difundir. Algo parecido ocurrió en Estados Unidos respecto al sistema educativo o los medios de comunicación.

Mi padre no resolvió el difícil problema de cómo distinguir los casos en que esta deferencia frente a los expertos resulta legítima de aquellos en los que no lo es, de cómo recurrir al conocimiento sin estar subordinado a él. Pero tenía claros los peligros de una cultura con sesgos tecnocráticos.⁴ Las democracias liberales se han aprovechado de ideologías tecnocráticas para subordinar ilegítimamente a sus habitantes. Se trata, por ejemplo, del mecanismo que tan bien describió Khalil Muhammad en su obra sobre el papel de las ciencias sociales durante la primera mitad del siglo XX en el sometimiento de los ciudadanos estadounidenses de ascendencia africana.⁵ Muhammad muestra que muchos científicos sociales, completamente convencidos del valor objetivo de sus creencias, se valieron de métodos estadísticos para revestir de objetividad sus sesgos raciales. Patricia Hill Collins ha llamado nuestra atención sobre el modo en que los «procesos de validación del conocimiento» que privilegian los métodos cuantitativos suponen también un obstáculo que nos

4 Mi padre escribió su obra en un contexto marcado por los experimentos de Milgram que se llevaron a cabo en la Universidad de Yale en los años sesenta y de los que hablaremos en el capítulo 6.

5 Khalil Muhammad, *The Condemnation of Blackness*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.

Cómo funciona la propaganda

Introducción. El problema de la propaganda

Victor Klemperer fue profesor de filología románica en Dresde. Como ciudadano alemán de religión judía tuvo la increíble suerte de sobrevivir en su ciudad natal durante todo el periodo nacional-socialista. Klemperer consiguió mantenerse con vida porque era un veterano de la Primera Guerra Mundial y tenía un impresionante historial de servicio. Además, estaba casado con una ciudadana alemana no judía que se negó a abandonarlo. Todo ello hizo que pudiera disfrutar de un estatus especial. Su vida estuvo marcada por un hecho muy particular: fue una de las pocas personas a las que los bombardeos de Dresde salvaron la vida, pues al destruirse los registros de la Gestapo desapareció también la orden de deportación en su contra que, con toda seguridad, contenían.

Klemperer escribió un largo diario en el que registró sus años bajo el nazismo. En 1947 publicó uno de los mejores estudios sobre la propaganda en el siglo XX, *La lengua del Tercer Reich*. El concepto que intentaba dilucidar a través de los múltiples ejemplos es justamente el mismo que pretendo estudiar aquí. Esta es la descripción que hace de los característicos efectos de la lengua del Tercer Reich, a la que se refiere como *Lingua Tertii Imperii*, o LTI:

La LTI sirve únicamente a la invocación [...]. La LTI se centra por completo en despojar al individuo de su esencia individual, en narcotizar su personalidad, en convertirlo en pieza sin ideas ni

voluntad de una manada dirigida y azuzada en una dirección determinada, en mero átomo de un bloque de piedra en movimiento.¹

El primer capítulo del libro de Klemperer, «Heroísmo (en vez de un prefacio)», se dedica a describir los símbolos asociados con el término «heroísmo», a los que se refiere como el «uniforme» o, más bien, «los tres distintos uniformes» de la palabra. El primer uniforme era el de «conquistadores cubiertos de sangre capaces de doblegar a cualquier poderoso enemigo», la imagen originalmente asociada con las tropas de asalto en 1920. El segundo uniforme era «el disfraz de piloto de coches de carreras», que representaba los éxitos alemanes en automovilismo, un deporte que levantaba pasiones en todo el país. El tercero era el de conductor de tanques en tiempos de guerra. El término «heroísmo» evocaba así todos estos «símbolos que iban conformando las emociones». En los tres casos, los símbolos estaban «íntimamente vinculados a la exaltación de los teutones como raza elegida: lo heroico pertenecía única y exclusivamente a la raza teutónica». En aquellos tiempos, los judíos no estaban asociados con el estereotipo del corredor de coches, ni con el del soldado de asalto o el del operador de tanque. Así es como describe el *efecto* del término «heroísmo» en los que fueron criados bajo el nacionalsocialismo:

¡Cuántos conceptos y sentimientos ha violado y envenenado! En el llamado «instituto nocturno» de la Universidad Popular de Dresde y en los debates organizados por la Asociación Cultural junto con la Juventud Libre Alemana, me llamó la atención más de una vez que los jóvenes se aferraran a argumentos del nazismo, con toda inocencia y en un esfuerzo sincero por remediar lagunas y errores de su formación desatendida durante todos esos años. Ni siquiera se daban cuenta; los usos lingüísticos heredados de la época anterior los confundían y los seducían. Hablábamos del sentido de la cultura, del humanismo, de la democracia, y yo tenía la impresión de que pronto se haría la luz, de que algo se aclararía en aquellas mentes tan llenas de buena voluntad..., y de repente, de forma inevitable, alguien se refería a un comportamiento heroico o a una

1 Victor Klemperer, *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Barcelona, Minúscula, 2001, p. 42. Traducción de Adan Kovacsics.

resistencia heroica o al heroísmo en general. En el preciso instante en que este concepto entraba mínimamente en juego, la claridad desaparecía y volvíamos a meternos de lleno en los nubarrones del nazismo. No solo los jóvenes que acababan de regresar de los campos de batalla y del cautiverio y no se consideraban debidamente tenidos en cuenta y menos aún celebrados, sino también las muchachas que no habían prestado servicio militar: todos ellos estaban totalmente cautivados por esta dudosísima concepción del heroísmo. No cabía la menor duda, desde luego, de que no podía establecerse una relación adecuada con la esencia del humanismo, de la cultura y de la democracia cuando se pensaba de este modo sobre el heroísmo o, mejor dicho, cuando se erraba al pensar sobre él.²

Klemperer señala que el principal efecto de «heroísmo» fue «la pérdida de claridad». La deliberación racional se volvía imposible. Y de alguna manera, gracias a las asociaciones que se dan entre las palabras y los símbolos, los ideales políticos de la democracia liberal se volvieron incomprensibles. Para cuando este libro llegue a su final espero haber proporcionado a los lectores una explicación completa de los efectos que describe Klemperer.

La ideología nazi conlleva una jerarquía de la raza, con un grupo claramente dominante, mientras otros son deshumanizados. Es un ejemplo de lo que llamaré *ideología viciada* [*flawed ideology*]. Cuando las sociedades son injustas, por ejemplo en la distribución de la riqueza, podemos esperar la aparición de ideologías viciadas. Las ideologías viciadas permiten que la propaganda resulte efectiva. En una sociedad que hace distinciones injustas entre unos y otros, los modos en que se racionalizan los privilegios inmerecidos acaban por petrificarse, tornándose creencias rígidas e inmutables. Estas creencias son las barreras de las que se aprovecha la propaganda para impedir el pensamiento racional y la empatía.

La identidad de grupo es el arrecife de coral de la cognición humana: de su existencia depende gran parte de la belleza de los productos del intelecto. Pero algunas de estas identidades resultan problemáticas desde un punto de vista democrático; claro ejemplo de

2 Ibid., pp. 12-13.

ello es la identidad teutónica construida por el nacionalsocialismo. Estas identidades canalizan las corrientes racionales y afectivas de forma que obstaculizan tanto el conocimiento de uno mismo como el libre fluir de las deliberaciones que necesita toda democracia sana.

Aquí me centro en la retórica política, a la que llamo «propaganda». La retórica fue uno de los primeros temas de reflexión filosófica. Si la filosofía tiene unos cuantos temas «centrales», la retórica es uno de ellos. Platón y Aristóteles escribieron tratados sobre retórica política, el tema de este libro. Es una de las principales preocupaciones de la filosofía, tal y como se ha pensado tradicionalmente. A pesar de ser un asunto que parece haber quedado en barbecho para la filosofía de los siglos XX y XXI, veremos que las apariencias engañan; sostendré que gran parte de la epistemología analítica lleva mucho tiempo lidiando con los principales problemas de la retórica política, aunque lo haya hecho partiendo de ejemplos ficticios y despolitizados.

La retórica política es el tema central del *Gorgias* platónico. En este diálogo, Sócrates sostiene que la retórica no es una ciencia, sino una cierta «maña» basada en «conjeturas». Sugiere que no hay principios generales que podamos transmitirnos unos a otros y que permitan predecir qué se debe hacer para influir con éxito en los demás de manera no racional. No se puede enseñar a manipular a los demás. La manipulación depende de ciertos hechos particulares de las sociedades, que no forman parte de una ciencia de la retórica. Así, por ejemplo, los creativos que elaboran buenos anuncios publicitarios no aprenden su oficio asistiendo a escuelas en las que adquieren un cuerpo de conocimientos generales. Para tener éxito en el mundo de la publicidad, es necesario saberse un montón de datos muy concretos sobre la cultura popular de una sociedad en particular. Esta parte del oficio de publicista no es algo que pueda aprenderse científicamente como un cuerpo de principios generales.

No pretendo proporcionar aquí un manual de propaganda. En lugar de ello, explicaré qué es, por qué importa y cuál es el mecanismo que la hace efectiva. Sostengo que la propaganda nociva se basa en la existencia de ideologías viciadas en una sociedad dada. Existen diferentes ideologías viciadas en todas las sociedades. La propaganda se aprovecha de ellas y las fortalece. Este libro tampoco pretende enseñar cómo inocular estas ideologías viciadas en los demás. Por el contrario, sostengo que se trata de un proceso que abarca varias décadas y que implica hacerse con el poder y, por ende, con el control